

han sido descubiertos en recientes excavaciones. Solían tener de dos a seis hectáreas y ninguno de ellos pasaba de nueve, es decir, que muchos de ellos podrían caber en cualquier playa espaciosa de nuestras ciudades modernas. Lo mejor construido en ellos eran las fortificaciones y las conducciones de agua. Las casas, construidas en algún rellano del terreno o en la cumbre de una colina, solían ser sencillos tugurios, sin más abertura que la puerta. Esto nos da una idea de lo que debían ser aquellos reyes, de que nos hablan los anales de la conquista.

LA CONQUISTA DE CANAAN

Josué contó sus hombres: eran 40.000 en edad de empuñar las armas. Los cananeos, que empezaban a inquietarse por las intenciones de aquellos aventureros que avanzaban desde el Sur del desierto, se consideraban seguros por el momento, pensando que el Jordán, con las crecidas de los días de primavera, pondría delante de ellos una barrera infranqueable. Fué vana su confianza: Jeová renovó allí el milagro del Mar Rojo. Mientras que las aguas de la parte inferior continuaron corriendo hacia el Mar Muerto, el cauce se secó en presencia del Arca. Ya en la Cisjordania, Josué mandó hacer un círculo de doce grandes piedras, según el número de las tribus. Por eso aquel lugar se llamó y se llama todavía Gilgal, que quiere decir algo así como cromlech o monumento de piedra. Aquel mismo día cesó de caer el maná.

El punto estratégico para la conquista de Canaán era la ciudad cercana de Jericó, que había cerrado sus puertas en presencia de los invasores. «Nadie salía ni nadie entraba.» Los sabios alemanes han hecho allí excavaciones metódicas, encontrando huellas de habitación humana desde la época neolítica. Ya en tiempos históricos se levantaron allí dos

recintos concéntricos de murallas: uno interno, que corre sobre la cresta de una colina y es una obra maestra de ingeniería militar, y otro externo, situado más abajo, incluyendo la fuente, en que se aprovisionaba de agua la población. El primero tenía cerca de cuatro metros de espesor, y el segundo se asentaba sobre cimientos muy sólidos y estaba reforzado por una escarpa de varios metros de anchura. Tales son las fortificaciones con que se encontraron los israelitas. Mucho tiempo se hubieran detenido cerca de ellas a no ser por la poliorcética celeste con que contaba Josué. Siguiendo las órdenes de Yahwé hizo que durante seis días consecutivos sus guerreros dieran vuelta a la ciudad, precedidos por los sacerdotes, que llevaban el arca y tocaban las trompetas. El último día pudieron dar siete vueltas, pues la ciudad no tenía más de 150 metros de ancho por 300 de largo. Al terminar la última procesión, el pueblo prorrumpió en un grito terrible y las murallas se derrumbaron sacudidas por el terremoto de Yahwé. Poco después cayó Hai, situada en el interior. Estas conquistas fulminantes abrieron los ojos a los jeques del país, que empezaron a pensar en una coalición defensiva. Uno de ellos, el que mandaba en Jerusalén, logró reunir a muchos de sus colegas en una campaña de conjunto. Josué lo supo, caminó a marchas forzadas en una noche desde Gilgal hasta Gabaón, cayó sobre ellos y los deshizo completamente. Cinco de aquellos «reyes», que se habían escondido en un bosque, fueron hallados y degollados. Esta victoria permitió a los hebreos apoderarse de la mayor parte de las ciudades del mediodía. Gilgal o Gálgala seguía siendo el centro de las operaciones. Los cananeos del Norte, confiando en sus carros, desconocidos por los invasores, organizaron también la resistencia. Jabin, rey de Hazor, se puso al frente de ellos. Sin aguardar el